

PERSPECTIVAS GENERALES DEL SUDAN EN 1955

EN el número de los CUADERNOS DE ESTUDIOS AFRICANOS correspondiente al tercer trimestre de 1952 y bajo el título de «Resumen de la cuestión actual del Sudán», se publicó un artículo que trataba de trazar objetivamente y con un criterio más informativo que personal, las líneas esenciales de la evolución política sudanesa, desde la época en que el país del alto Nilo perteneció al dominio egipcio autónomo de Mohammed Ali hasta el momento de notarse las primeras consecuencias sudanesas del golpe de Estado que en Egipto derribó al Rey Faruk. Ahora parece necesario continuar aquella exposición hasta el día, más que por razones de completar una exposición local, por el nuevo papel que Sudán ha comenzado a desempeñar en el año corriente. Papel que excediendo los límites iniciales del sistema del Nilo, tiende a desbordarse tanto hacia el sector africano continental como al del Próximo Oriente en el cual Sudán se está incrustando de un modo verdaderamente inesperado.

El otoño de 1952 fué indudablemente comienzo de un nuevo período completo de la historia sudanesa, porque bruscamente cambiaron todos los términos de las líneas generales en las cuales estaba planteado. La firma en El Cairo el 29 de octubre de un acuerdo entre los nuevos gobernantes egipcios y los representantes del movimiento de los independentistas fué algo sensacional, puesto que los independentistas habían venido siendo los que se oponían a la tesis de que Sudán se hubiese vuelto a unir a Egipto bajo una fórmula de «doble soberanía» de Faruk «doble corona» u otra fórmula cualquiera que pareciese implicar para Sudán dependencia. Cierto es que la firma del acuerdo de octubre (hecha la parte egipcia por el general Naguib con el antiguo y célebre político Ali Maher, y de parte sudanesa por un

primo del separatista Abdurrahman Mahdi) consagró una renuncia de los nuevos gobernantes de Egipto a toda reclamación de soberanía sobre el Sudán, aceptando también un derecho de autodeterminación por parte de los sudaneses. Eso pareció una capitulación e incluso una derrota egipcia, aunque algún tiempo después resultó un triunfo, pues si los nuevos dirigentes de El Cairo renunciaron a hegemonías que sólo existían en las imaginaciones, pero no sobre el terreno, Egipto no perdió nada que ya tuviese, y en cambio ganó mucho prestigio de buena fe entre aquella parte de las masas sudanesas que era indiferente, recelosa o dudosa.

En 1953 el pacto que en Jartum y el 10 de enero firmó en nombre de la junta militar egipcia el comandante Salah Salem con los representantes de todos los grandes partidos del Sudán (es decir el Umma, el Unionista, el Frente Nacional y el Republicano socialista) fortaleció el «frente de desinterés» iniciado en El Cairo. Y el acuerdo anglo-egipcio sobre el Sudán del 12 de febrero, completó el sistema de coincidencia de opiniones entre las tres partes interesadas, sobre unas líneas generales de que se convocarían elecciones para una consulta previa a la opinión pública sudanesa, que los dos países del ex condominio se avenían a tener en cuenta, después de lo cual se formaría un Parlamento preparatorio, que pasado un plazo de transición preparase la elección de una Asamblea Constituyente, la cual escogería el régimen definitivo. Todo bajo el control de tres Comisiones mixtas con ingleses, egipcios sudaneses y neutros. También se dispuso que el período de transición no excediera de tres años, y que en el curso de ellos el personal británico y egipcio empleado en el Sudán se fuese retirando de sus puestos para que la opción definitiva por parte de los sudaneses pudiese ser verdaderamente libre.

Ocurrió después que la renuncia egipcia fortaleció a la larga a los partidos que en el país tropical del alto Nilo favorecían los programas de unidad con Egipto. En diciembre las elecciones celebradas para el Parlamento de Jartum fueron otro motivo de sorpresa. Con facilidades de libertad del voto, y bajo la inspección de la comisión mixta que presidió el delegado de la India, Sukumar Sen, el triunfo de los unionistas pro-egipcios fué casi aplastante (incluso en distritos que hasta entonces se habían considerado como propios del Umma.

y hasta en las provincias del Sur ecuatorial sudanés cuyos habitantes son ajenos a la cultura de tipo árabe). El partido pro-egipcio de Unidad Nacional, que presidía el profesor Ismail el Azhari, obtuvo 57 puestos en un total de 97, contando, además, con el concurso de 9 independientes. Los separatistas del Umma sólo consiguieron 21. Eso ocasionó entre los partidarios del Mahdi una viva conmoción. Y algunos llegaron a pedir el *boycot* al Parlamento, así como la no-cooperación civil de los mahdistas.

Vino a continuación otra sorpresa de estilo diferente. Fué que cuando tanto los mahdistas como las autoridades británicas en Jartum y los observadores extranjeros de los círculos políticos y de Prensa en Próximo Oriente, creían que al triunfo electoral unionista iba a seguir un recrudescimiento del impulso hacia la fusión con Egipto. Ismail el Azhari hizo unas declaraciones muy moderadas que parecieron de doble filo. Estas fueron las de que su partido «no deseaba la unidad con Egipto», sino «un enlace con la nación de Egipto». Dicha declaración fué entonces atribuída a causas diversas. Una de ellas, la acción de freno y sugestión de prudencia procedente del personaje religioso Saygid Ali Al Mirghani, jefe de la cofradía Jatmiya, que en cierto modo había venido actuando como una especie de «eminencia gris» espiritual detrás del movimiento unionista. Otra explicación del cambio de tono de Azhari fué la de que el exceso de los votos que dieron el triunfo a su partido fuerón depositados más por temor de los votantes a un renacer de la fuerza del mahdismo y su cofradía «Mahadiyya» que por una acción preconcebida favorable a Egipto. Tercera explicación fué la de que los unionistas no eran en su origen un solo partido, sino una coalición compuesta, sobre todo con fines electorales, y de opiniones muy extremas en diversos sentidos, por lo cual no podrían llevar una línea constructiva ni sostener un Gobierno si no lo hacían sobre un mínimo de su programa, no sobre un máximo. Cuarta explicación la de que en una táctica de resultados escalonados necesitaban, ante todo, asegurarse ocupar el poder. Y había también una necesidad de producir un contraste entre el modo voluntariamente apagado de la expresión pública del unionismo triunfante, al cual no convenía dar sensación de que había triunfado un extremismo demagógico, y las intransigencias verbales de los del Umma en parte derrotados.

El año 1954 comenzó con la solemne proclamación del mismo régimen de autonomía provisional interna como período de transición. Jurando sus cargos el Gobierno del Azhari ante el Gobernador general, sir Robert Howe, y en presencia de los miembros de la comisión mixta internacional. Ismael el Azhari, además de ocupar la presidencia del consejo se reservó la cartera del Interior. Había, además, ministerios de Hacienda, Agricultura, Educación, Regadío, Obras Públicas, Economía y Comercio, Justicia, Comunicaciones, Defensa, Sanidad, y dos ministros de Estado, siendo las carteras ocupadas por unionistas y por independientes. En mayo, los del Umma decepcionados por el rumbo que habían tomado las cosas en un sentido de aumento de la irradiación egipcia, creyendo haber sido engañados en el pacto de El Cairo de 1953, y atribuyendo la culpa al general Naguib por haber éste puesto su nombre al pie de dicho pacto, provocaron junto al aeródromo de Jartum un motín sangriento (con choques entre mahdistas y policías) al oponerse a la llegada de Naguib, que fué para asistir a la apertura del Parlamento. Aunque días después, dentro del mismo mes, el Parlamento pudo inaugurarse sin incidentes, pues lo que los Umma habían recusado era la presencia del entonces teórico Jefe de Estado de Egipto.

Entretanto comenzó a funcionar el período de transición, en el cual la principal característica es que el gobernador británico sustituyó sus antiguas atribuciones absolutas por la de una especie de Jefe de Estado provisional, pues sus funciones civiles pasaron al primer ministro sudanés elegido por la Cámara de Diputados, pero los ministros son nombrados por el gobernador a propuesta del jefe del Gobierno. El gobernador conserva, además, poderes especiales para garantizar el funcionamiento del estatuto constitucional, y de hecho están también en sus manos tanto la defensa como las relaciones sudanesas exteriores (excepto las relaciones con Egipto, que son gubernamentales) del gabinete de Jartum.

En abril, la destitución del general Naguib de sus funciones gubernamentales efectivas, aunque conservando una Jefatura estatal puramente simbólica, enfrió bastante las relaciones entre el egipcio Consejo de la Revolución y los dirigentes unionistas de Jartum por diversos motivos, entre los cuales el de que Azhari y sus amigos conside-

raban a Naguib como uno de los suyos por haber nacido en el Sudán. Después de muchas idas y venidas de una a otra capital del Nilo, se restableció el paralelismo (sobre todo por gestiones conciliadoras del mismo Naguib), pero entre los gubernamentales de Jartum se extendió el deseo de que incluso llegando a estar unidos con Egipto no dependiesen de los vaivenes de la política egipcia. Así, cuando en julio el primer ministro Azhari, junto con un numeroso acompañamiento de ministros y dirigentes de varias clases, tanto unionistas como simpatizantes independientes, neutros, etc., asistió a las fiestas del segundo aniversario de la revolución egipcia, yo que tuve ocasión de conversar con varios de ellos pude comprobar que en general la antigua fórmula de «unidad del Valle del Nilo» estaba siendo sustituida por la de «un cuerpo con dos cabezas».

Fueron en lo externo aquellos días del pasado verano un paréntesis de euforia y optimismo, tanto en uno como en otro país, pareciendo que las más bulliciosas oposiciones habían pasado a ser de principios de aplicación más de que de deseos hegemónicos, es decir, las de los mahdistas en Sudán y los «Hermanos musulmanes» en Egipto. Pero después de anunciarse el acuerdo anglo-egipcio sobre Suez eso removió los fondos en El Cairo y Jartum. Aunque fuese por razones opuestas, pues mientras los Hermanos actuaban con sentido antiinglés con el fin táctico de atraerse todas las demás antiguas oposiciones nacionalistas (incluso el Wafdismo), los mahdistas que en otros tiempos se habían organizado y habían crecido como partido considerado anglófilo (aunque eso no fuese el verdadero fondo y motivo de su organización) recelaban de que Abdennaser y los suyos fuesen los únicos en recoger beneficios del acuerdo con Gran Bretaña. Unos y otros se pusieron a protestar y conspirar hasta que sus acciones aparecieron en septiembre. De ellas la egipcia fué, sobre todo, un vociferar público de la «Hermandad», tanto dentro como fuera donde el congreso de adeptos de la Hermandad celebrado en Damasco señaló el comienzo de la ruptura con el Gobierno Abdennaser y el comienzo de la fase de los complots violentos. En el Sudán la acción más callada se cortó cuando apenas comenzaba.

Dicha acción sudanesa fué de iniciativa y dirección del Secretario general del partido «Umma», es decir, el coronel Abdullah Jalil. Este

había preparado en lo político una coalición de representantes de su partido con los del frente disidente de las provincias del Sur y con los llamados «republicano-socialistas», buscando crear un frente macizo de oposición parlamentaria obstruccionista. Pero el ejemplo de agitación de los «Hermanos musulmanes» la hizo cambiar de prisa su primer propósito por otro plan a la vez parlamentario e insurreccional. El principio era obtener un voto parlamentario adverso al gobierno del Azhari, para lo cual se ofrecía dinero y prebendas a los diputados independientes y a los agregados de última hora en el frente unionista. Procurando que en la primera sesión plenaria de septiembre rehusasen su confianza al Gobierno, lo cual sería la señal de un levantamiento armado de gentes con lanzas en las tribus del Sur, a la vez que en el Norte se concentrarían sobre Jartum y Omdurman todos los adeptos de la secta mahdiya armados también. Luego se habría formado un Gobierno dictatorial presidido por un pariente del Mahdi, en el cual Abdullah Jalil fuese ministro del Exterior e Interior, a la vez que entrasen cinco ministros sudistas (en el Gobierno del Azhari los sudistas son tres). Los conjurados fueron sorprendidos a tiempo, después de lo cual Azhari se apresuró a efectuar (durante octubre) una solemne visita al Sur en compañía de sus ministros de aquella región, para hacer por su parte toda clase de promesas.

Faltaba, sin embargo, algo esencial, que era una acción del fondo de los gubernamentales sudaneses respecto al factor británico, pues a pesar de la buena fe y recta conducta del Gobierno de Londres, muchos funcionarios locales en Sudán eran personalmente hostiles al nuevo régimen autónomo, dándose también el caso de que la conspiración de septiembre se fraguase en un local de la misión comercial británica en Jartum. Al Azhari decidió por eso realizar una visita a Londres, que conforme iba teniendo lugar se iba convirtiendo en una fecha sudanesa y africana de significado histórico. Esa visita que tuvo lugar oficialmente del 8 al 18 de noviembre, aparte una prolongación de carácter privado, fué señalada en la misma prensa inglesa como especialmente trascendental respecto a proporcionar la ocasión de conocimientos directos, pues mientras en la opinión británica habían seguido pesando los antecedentes anticoloniales del Azhari y los suyos, en éstos sus actitudes hacia Gran Bretaña habían pasado siempre por la línea de El Cairo. *The Times* señaló entonces que la aproxi-

mación a Gran Bretaña de los dirigentes unionistas se debía a que las inesperadas dificultades con que éstos se habían encontrado al ejercer el poder, y que no sospechaban cuándo estaban en la oposición, exigían seguir métodos y procedimientos semejantes a los que anteriormente había adoptado la administración inglesa. Así, por ejemplo, lo extenso de las corrientes separatistas en las provincias del Sur, que los unionistas habían achacado a una creación colonial inglesa, resulta tener bases reales en las tendencias de sus habitantes, por lo cual los gobernantes de Jartum han de tener en cuenta tal realidad. Así, tras la visita londinense se marcaron a la vez dos rumbos de adaptación y equilibrio, reforzados porque en los mismos días que dicha visita se efectuaba era en El Cairo destituido y acusado el general Naguib.

En el primer trimestre de 1955 los dos rumbos de adaptación y equilibrio han encontrado sus perfiles al parecer definitivos. Sobre la adaptación es fundamental el ritmo de la llamada «sudanización», es decir, el reemplazamiento de los funcionarios ingleses por funcionarios sudaneses (previsto en el artículo 8 del acuerdo angloegipcio de 1953). En el otoño de 1954 habían sido ocupados por sudaneses los nueve cargos de gobernadores provinciales. En noviembre fueron sustituidos los mandos militares superiores de las tropas. En diciembre fueron despedidos los últimos funcionarios gubernamentales ingleses y egipcios. Y entre enero y febrero se ha procedido a reemplazar los funcionarios de carácter administrativo directivo. Ahora sólo quedan consejeros y cooperadores técnicos que en su mayoría siguen siendo ingleses, aunque han aparecido también algunos norteamericanos y hay posibilidades para la presencia de australianos o canadienses. En cuanto al rumbo del equilibrio está, sobre todo, determinado por la necesidad de obtener un punto medio entre las posibilidades separatistas de las provincias meridionales y las propagandas de «egiptización» al estilo de la junta militar de El Cairo.

Al Azhari cree ahora haber encontrado el punto medio en la fórmula de la Liga Árabe. Para hacer aceptar a los meridionales los matices de arabismo e Islam que son esenciales del Norte sudanés, se trata de poner en vez de la sensación de que sean como cabezas de puente de una soberanía egipcia, la de que constituyen posibilidades culturales y geográficas para salvar Sudán de su anterior rela-

tivo aislamiento, entrando en un sistema geográfico general del Próximo Oriente con el cual se aumenten las posibilidades sudanesas de irradiación. Y este punto de vista lo ha facilitado la persecución de los «Hermanos musulmanes» en Egipto, con lo cual se ha visto que el islamismo más activo sigue rumbos distintos y hasta opuestos a los del Gobierno Abdennaser. A la vez esto ha hecho más suaves las formas de oposición ante el Gobierno Azhari del mahdismo y su partido Umma (los cuales el 30 de octubre fueron acusados por el ministro egipcio de Orientación Salah Salem, de «complicidad» con los «Hermanos musulmanes»), notándose que el Umma gestiona la creación de un «frente independentista» en las futuras elecciones que hagan las constituyentes, pero sin violencia formal.

Entretanto Sudán ha entrado en lo interno en otro período de acción tranquila. Comenzó desde que en enero volvió a abrirse el Parlamento de Jartum, después de que Azhari reorganizó su gabinete sustituyendo ministros independentes por otros suyos, y preparando los programas que habrán de ser presentados a las elecciones constituyentes y a las decisiones de la futura asamblea sobre el destino definitivo del país. Respecto a ambas cosas siguen siendo fundamentales las relaciones con Egipto y Gran Bretaña.

Respecto a Egipto hay a la vez un factor positivo y otro negativo. El primero se refiere al proyecto que para la política exterior general oriental y para la defensa y régimen de agua del Nilo, Egipto y Sudán creen una comisión permanente cuyas decisiones se sometan a los parlamentos de ambos países y en la cual ambos estén representados por igual. El negativo se refiere a que ya no se habla de «un cuerpo con dos cabezas», sino de buena vecindad, de intereses comunes y otras generalidades en parte difusas.

Respecto a Gran Bretaña el testimonio más característico fué el del mismo Azhari, cuando pronunciando en el Parlamento un discurso en pro del proyecto de ley para compensaciones a los funcionarios británicos retirados por la «sudanización», proclamó que en Sudán nadie puede decir que Inglaterra actuó como colonizadora, y añadió que se complacía en recordar a sus oyentes cómo al salir de la India el último regimiento británico fué aplaudido en Bombay por la

multitud, pues «Inglaterra eleva y considera a los pueblos que tutela». Lo cual deja prever que las decisiones constituyentes del Sudán definitivo no van a ser ajenas a los intereses ingleses en Africa y Oriente.

Vista objetivamente la cuestión desde lejos y sin tomar partido deliberado por ninguno de los factores en presencia, es indudable que el valor y el interés de la independencia sudanesa que en 1955 está acelerando su advenimiento, consiste sobre todo en el hecho de que Sudán quiere llevar a la vez las dos tendencias que le enlazan con el mundo árabe y el mundo negro. Así habrá, por vez primera, en el continente africano un factor común entre los dos sectores a un lado y otro del Sáhara. Además, Sudán puede ser clave y eje del grupo de países independientes que se está formando alrededor del mar Rojo con la continuidad de los ocho de Liga Árabe, Abisinia y Somalia. Además de las conexiones con los negrismos en desarrollo autónomo del Africa inglesa Occidental.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

